

Palabras en el Paraninfo de la Universidad de la República al recibir el Doctorado Honoris Causa

Porque en general he aceptado lo que Bonaviri llamó “*vivir en la anulación*” o por tener presente aquellas líneas borgeanas: “*Nada esperes, ni siquiera/en el negro crepúsculo la fiera*”, siempre he creído más venturoso agradecer aquellos sucesos que me llegan, no sólo en forma inesperada sino, como en este caso, al margen de lo intemporalmente razonable, que depender de lo que un vago derecho pone en la línea de lo posible. Y esto porque, si no titubeamos, esa actitud es purificadora. Quizás, como buscaba Cézanne que fueran sus paisajes, sea hasta perfumada. Al menos por un momento se nos trasporta de la normal, astrosa realidad hacia otro marco, de pura sorpresa y gustoso aire abierto.

Fresca aún mi natural gratitud por quienes me recordaron a la hora del mexicano premio Octavio Paz, llega esta distinción nacional, situada en aquella categoría de lo irrazonable. ¿Por qué lo siento así? Porque mi paso por la universidad fue breve e irregular. Pese a mi entusiasmo por ciertos códigos y su precisa escritura (debería haberle preguntado a mi querido Carlos Maggi si siguen siendo tan ejemplares como me parecían en aquel tiempo), pronto sospeché que el Derecho iba a envolverme en una red de relaciones sociales ingratas y me mudé a una novísima Facultad de Humanidades, vazferreiriana y desinteresada. Allí pude aprovechar otro derecho, el de poder elegir los cursos, omitiendo algunos y reiterándome más del año exigido en los que hallé más tónicos: aquellos que me ensanchaban campos cuyos límites desconocía, aunque su atractivo viniera trazado en escorzo por mi previo entusiasmo. Pero esas diagonales que surgen en la geometría de la vida, se precipitaron para llevarme fuera también de aquel lugar amable. A partir de entonces, mi ambición más constante, la única que he podido satisfacer sin dificultades, aunque no por completo, ha sido, todavía es, la de ser una estudiosa molécula libre.

Esta precaria historia universitaria mía me lleva a pensar que ahora me enfrento a la incómoda responsabilidad de estar moviéndome en una rayuela que yo no dibujé y en la que otros deberían ser los invitados. Y ésta no es una sensación muy injustificada. Para colmo, creo que la poesía, tal cual yo la entiendo, esa parcela que para muchos es algo impreciso, homogéneo y vagamente desdeñable por su clara inutilidad o una

precipitación de ingeniosidades morales y que para mí es distinta en todas sus partes y básica para el espíritu, como la música, no suele merecer honores universitarios.

Por otra parte, la gratitud natural y obvia que en estos momentos siento, me lleva también a pensar en cuántos compatriotas que admiro vivieron y murieron sin recibir honor público alguno. Quisiera nombrar al menos a dos: a Julio Herrera y Reissig, de cuya muerte este año se cumplen cien, cuyo nombre sin duda nadie desconoce pero que, siendo su obra menos leída y sobre todo, menos entendida de lo necesario, no ocupa en nuestra cultura el íntimo lugar debido. Murió desdeñado, aunque al menos llegó a expresar su legítimo menosprecio por la sociedad pacata y distraída que lo ignoró.

Y a Enrique Casaravilla Lemos, porque su espiritualismo y la sobriedad de su estilo disonaban en el erial con caireles que años más tarde lo rodeó sin tenerlo en cuenta, salvo nobles excepciones, como la de Esther de Cáceres.

Por último, no quiero omitir mi satisfacción por comparecer con Rodolfo Gambini, es decir en compañía de la ciencia: ésta, tan líricamente extravagante a nuestras indoctas vidas, también ella “libre de la metáfora y el mito” y tan capaz de obrar transformaciones, es la mejor compañía de la poesía que aspira a ser precisa y persistente, aunque a veces lo sea para su desgracia.

Para despedirme leeré uno de los textos más breves de mí, por poco tiempo, último libro, *Trema*, cuyo título, que significa conjunto abierto, es un neologismo que tomé de Mandelbrot y su teoría de los fractales.

E n e l a i r e

Un jardín de geranios y su aire.

Junto a su cerca dejo a que paste

el buey que pesa sobre mi lengua

y digo: Aquí te quedas, come

en verde dehesa, pero terrena,

y canta, luego, si puedes,

si nadie escucha,

lo que te queda por no decir.